

EL NEGRO TIMOTEO

PERIÓDICO POLÍTICO, SATÍRICO Y BURLESCO

Suscripcion mensual: 60 ets.

Se suscribe en la Librería Vieja

Idem Papelería Comercial

Idem Kiosko Guía de la Capital

SALE

Todos los Domingos

OFICINA

Dayman, 148

Número suelto: 16 cents.

ENCARGADO:

FELIX G. BELOTTI

REDACTOR:

REMINGTON

El juicio de Don Juan de Cominges

DE TODO UN POCO

Señor D. Juan de las Antiparras

Ruinas de Palmira.

Montevideo, Agosto 5 de 1876.

Carísimo filósofo:

Voy á comunicarte algunos pormenores sobre el juicio popular que promovió D. Juan de Cominges al gacetillero de *El Pueblo*, ya finado.

Para evitar confusiones, te declaro que el muerto es el diario y no el cronista, aunque muchos manifestantes hubiesen preferido lo último á lo primero.

Hay gentes que merecen palos. Y esto de palos, lo digo sin alusion á tus trabajos de arboricultura.

Únicamente escribo para cumplir las promesas de mi carta anterior.

Esto te probará, andante caballero de las gafas, que sé cumplir mis compromisos en una época en que casi nadie cumple los suyos, sin exceptuar á los novios, ni al mismo Gobernador del Estado, que parece no acordarse para nada de algunos que tiene pendientes con el pueblo, desde su manifiesto de Marzo.

El juicio ha sido el suceso mas importante de la semana, y en él se ha exhibido D. Juan de Cominges como el titan de la oratoria moderna.

Puede decirse que se ha levantado al nivel de las Pirámides, el monumento más grande que conozco... de oidas.

Que discurso leyó ante el Jurado! Ni Mirabeau, ni Castelar, ni Camejo, han subido tan alto en la elocuencia. Con decirte que fué un discurso *piramidal*, creo decirlo todo.

Sin embargo, no salió vencedor en el combate, pues no siempre la fortuna es compañera del

genio y de la buena causa. Apesar de haber peleado con la bizzarria de Cambronne para obtener el triunfo, no consiguió mas que la gloria.

Napoleon tambien tuvo su Waterlío.

Pero lo peor del caso es que D. Juan de Cominges fué batido por un jóven que no le llega á la mitad del cuerpo.

¿Sabes quien fué el David que derribó á este Goliat de la tribuna? Parece increíble... fué D. Gregorio Perez.

Reflexionando sobre el suceso, concluyo por decirte con Salomon: *Vanidad de las vanidades!*...

Voy al asunto.

El señor Cominges acusó al cronista de *El Pueblo* por dos sueltos que este le habia dedicado; de lo cual se desprende que los sueltos debian tener algun *nudo*... No hay alusion personal, caro filósofo.

El Juez Vilaza ordenó el sorteo de los *hombres buenos* que debian entender en la acusacion. No comprendo porqué serán llamados *hombres buenos* los Jurados, cuando, por mas buenos que sean, tienen que mostrarse *malos* con alguna de las partes.

En esto, para mí, no hay explicacion satisfactoria, como no la hay tampoco en ver al Coronel Vazquez de Ministro de la Guerra, no habiendo necesidad de tal Ministro desde que vivimos en plena y octaviana paz.

Pero, en fin, con explicacion ó sin ella, la verdad es que existen *hombres buenos* y Ministro de la Guerra, al menos en el nombre; siendo mal puesto el de los primeros, porque no lo son para el condenado; y estando de mas el segundo, por el motivo de nuestra situacion pacífica.

Disculpa mis digresiones,

El Juez Vilaza señaló dia para el Juri, mostrándose mas activo que para dar sentencia; y

D. Juan de Cominges se presentó al juicio, con el suyo completo, y preparado à darle uno final, moralmente hablando, al gacetillero de *El Pueblo*.

El redactor de *La Tribuna* llevaba antiparras, pero no capa, ni chambergo, como decia el cronista en uno de los sueltos acusados. Que calumniador!

Llevaba antiparras, repito, como tú y muchos ignorantes, sin que esto importe opinar que lo sea ninguno de los que las usen.

Yo pienso todo lo contrario. Mira; si observo à un hombre con espejuelos, no puedo reprimir esta exclamacion:—Hé al i à un sabio.

Comprendo que no hay lògica en ello; pero que quieres? Doy por supuesto que las gafas son indicios de largos estudios, aunque sé perfectamente que no siempre sale cierta la hipótesis.

Basta sino recordar al burro del cuento, que las usaba verdes, porque su amo, alimentándolo con virtutas, queria hacerle entender que le daba pasto fresco.

No obstante, los hombres con antiparras me son simpáticos.

No conocia mas que de nombre y para servirlo à D. Juan de Cominges, y por lo tanto no tenia opinion formada à su respecto; pero asi que lo vi con antiparras, te aseguro que me encantó el hombre.

Fray Gerundio cuenta que una de sus novias se habia enamorado profundamente, no de su talento, ni de su figura, ni de sus prendas morales, sino, pámate, de sus pequeñísimos piés.

Pues yo, à ser mujer, y soltero el señor Cominges, te declaro que me hubiera enamorado al punto, repentinamente, solo mirando sus gafas.

Lo que es el primer efecto!

Pero no pudiendo enamorarse un hombre de otro, porque eso es ir contra la naturaleza, sentí una honda impresion por el redactor de *La Tribuna*, tan luego lo ví sentarse en el salon de los juicios.

Habiendo simpatizado, claro es que seguiría con avidez su palabra. Y esta me hizo el mismo ó mayor efecto que los espejuelos.

Vamos, me sedujo de tal modo, que conservo íntegro en la memoria su discurso.

Oye el principio.

Permíteme que antes de transcribirte sus párrafos principales, te manifieste que me hallaba al lado de tres importunos—uno del campo, y dos de la ciudad.

No conozco à ninguno de los tres; pero eran peores que moscas. Era una trinidad de tábanos.

A cada momento me hacian perder periodos enteros de la peroracion, à causa de sus cuchicheos, de sus comentarios y de sus sandeces.

Para que puedas apreciar lo violento de mi posicion, repetiré alguno de sus apartes.

Y tenia que escucharlos à la fuerza, pues era tanta la concurrencia, amigo mio, que me encontraba imposibilitado para salir del sitio y colocarme en otro mejor.

Ahora voy al discurso.

El orador, en vez de concretarse à la acusacion de las gacetillas, se remontó à la época del diluvio.

Y digo del diluvio, porque las revoluciones no son otra cosa; y debido à una de ellas es que tuvimos la fortuna de que D. Juan de Cominges aportara à nuestras playas.

La revolucion española le dió pasaporte para América. Desde aquel tiempo, pues, empezó à hacernos la historia de su vida.

Esto no era nada regular, pero fué interesante; y váyase Chana por Juana.

Peor es lo que pasa con la situacion política, que siendo irregular de piés à cabeza, no contiene nada de interesante. Perdon, amigo mio; lo interesante de la situacion es su estado; y todavía continúa como en mi carta anterior, esto es, de parto.

Como se hace esperar el manifiesto! Vendrá acaso à ser nuestro Mesias?

Pero vuelvo al juri. D. Juan de Cominges dijo que iba à hacer algunas declaraciones que servirian de *reverbero* para refractar la luz de la verdad sobre los tenebrosos sueltos acusados.

Aquí empezaron las sandeces de mis vecinos.

—Sí querrá el hombre convidarnos con matef dijo el paisano. Pero no veo el *reverbero* en ningun lado.

—El señor Cominges emplea una metáfora, le respondí para que me dejase escuchar al orador. No tome vd. la cosa de un modo tan material.

—Por supuesto, dijo el segundo. Eso quiere decir que sus declaraciones servirán de *farol* para iluminar la oscuridad de los sueltos.

—Pues no me gustan los hombres *faroleros* ó conversadores, replicó sentenciosamente el paisano.

Despues de este incidente, que me robó al-

gunas perlas del discurso, pude oír su continuación.

Aquí entra lo bueno. «Señores jurados, prosiguió el títan de la tribuna; vá pronto á hacer siete años que las marejadas revolucionarias del viejo mundo, arrojaron una familia de inmigrantes sobre las pintorescas costas de la República Oriental.»

Aun me deleitaba con la poesia de la frase, digna de Petrarca, cuando oí que el bárbaro número uno, decia quedito al número tres.

—Yo he sido guarda-costa diez años en Maldonado, y siempre he visto que las marejadas arrojan á la playa lo que no sirve.

Estuve por gritarle que se callara; pero eso hubiera ocasionado un escándalo, y me contuve.

Por suerte se calló el interruptor y yo seguí escuchando:

«El padre de aquella familia no era un *advenedizo cualquiera*.

—Qué quiere decir *advenedizo*? preguntó el intrépido paisano.

—El que viene de fuera ó del extranjero á establecerse en algún país, sin empleo, oficio, ni profesion conocida.

—Por lo tanto, terminó el número 3, el que habla no es un *advenedizo cualquiera*, sino un ingeniero agrónomo.

—Tiene razon entonces, dijo el paisano.

Yo estaba violento. Pero, qué hacer? Aguantar, mi querido filósofo. Entretanto iba perdiendo frases, á causa de los cuchicheos.

«Aquel hombre, decia el orador, traía su patria consigo, porque traía su mujer, sus hijos, y los restos de un capital... que hoy quisiera tener para estar garantido de las eventualidades del porvenir»....

—Caramba, ni que fuera un Rostchild! dijo el número 2.

—Y todo lo ha perdido? siguió el número 1.

—Todo, habló el número 3, y por causa de la Granja Modelo.

—Pobrecito! gimió no sé cuál, lagrimeando.

—Mas se perdió en el diluvio, respondió el paisano.

Yo continué escuchando á D. Juan de Cominges.

«Traía por fin un carácter y un temperamento amante de las instituciones republicanas.

—Eres turco y no te creo, exclamó uno de la maldita trinidad. ¡Que diablo! quiere hacernos comulgar con ruedas de carreta?

—En efecto; no comprendo cómo, siendo republicano, era director de montes, bosques y jardines de S. M. la reina doña Isabel segunda.

—Es que se haría republicano despues de Alcolea y de la caída de los Borbones.

—A falta de pan buenas son tortas. Creo que mas aceite dá un ladrillo, dijo el paisano.

Como debes suponer, mi caro Juan, yo estaba en una situacion dolorosissima y rabiando contra todos mis vecinos.

Por último me decidí á rogarles que se callaran, y así me lo prometieron.

Efectivamente no desplegaron los lábios en un buen rato, atraídos como yo por el canto de aquella sirena.

Que palabra, amigo mio! La palabra era una música, el gesto un drama, la mirada un poema!

Y las antiparras? éstas eran el resúmen de todo. Las antiparras reflejaban la luz del génio, y despedían rayos como la cumbre del Sinaí, cuando apareció Moisés con las tablas de la ley ante la admirada muchedumbre.

Su cuerpo me parecia etéreo, angelical, trasparente; no creia encontrarme delante de un hombre.

Qué fascinacion ejercia en mi ánimo! Como hablaba metamorfoseado á don Juan de Cominges!

Repito que no me parecia una figura humana sino una divinidad mitológica. Así, decia yo mentalmente, se presentaria Júpiter en las asambleas del Olimpo.

Ah! nunca olvidaré ese juri popular, carísimo filósofo que meditas sobre esas ruinas del desierto!

Mientras me hacia estas ó semejantes reflexiones, el San Juan Crisóstomo continuaba deshaciéndose en elogios al país, á los hijos del país, á las instituciones y costumbres del país.

Y ser elogiados por don Juan de Cominges, oh! dicha; ser elogiados por el Ciceron de la época, oh! felicidad; ser elogiados por el Demóstenes moderno, oh! fruicion divina, oh! goce parasidiaco, oh! nec-plus-ultra de la honra!

Estábamos derretidos, no por el calor de sus expresiones, que eran suave ambiente cargado de perfumes de Arabia, sino por los piropos que nos dirigía. Poco faltó para que dijese que los orientales, exceptuados los escritores de *El Pueblo*, eran unos santos, unos ángeles, unos serafines. Oh! dia inolvidable!

El doctor don Faustino S. Lasso, autor de un *Prontuario de Geografía en prosa y verso*

que te remiti hace dias, no ha sublimado tanto à los hijos de este país.

Oh! D. Juan de Cominges, segundo redactor de *La Tribuna*, yo te amo, te adoro, te venero, te agradezco, te.... canto y te poetizo.

Así que pisó estas playas, dijo mi incalificable tribuno, mandó una circular á los *esclavos blancos* de la Europa, invitándolos à levantar sus tiendas en el territorio de esta tierra, que *ama mas que á su patria*.

Esta declaracion, mi querido filósofo, puso á don Juan de Cominges allá por donde andan las águilas—por las nubes!

Las frases desu circular fueron repetidas allende los mares; propagadas en España y Portugal, y traducidas en Inglaterra, en Alemania, en Francia y en Italia»....

—Solo Cominges, despues de Cervantes, ha merecido tanto honor, dijo el número 3.

—Y no serian tambien vertidas à la lengua turca, china y japonesa?

—Es de sentir, verdaderamente, que no nos lo haya dicho.

—Eso se llama querernos hacer pasar por zonzos, exclamó el paisano. Qué calandria!

«Sus publicaciones agrícolas, decia el orador, sus poesias, sus faenas, etc. etc., respondian á este primer sentimiento, que mas de una vez le mereció de sus compatriotas el duro calificativo de *mal español*.»

—Bien merecido, murmuró el dos.

—Ya lo creo. El que quiere mas à su madrastra que à su madre, no es buen hijo.

—A otro perro con ese hueso, dijo el paisano. Esto ya pasa de castaño oscuro.

Entretanto, yo no encontraba ya lugar donde poner à don Juan de Cominges; ni en un sagrario creia que estuviere bien. Oh! mi *mal español*, mi buen oriental; no tengo frases para ensalzar tu conducta. Pienso mandar tu discurso à don Alfonso doce, para que valore la adquisicion que hemos hecho los orientales.

«Ese hombre, señores jurados, que justificaba con sus títulos....

—Que nadie ha visto, interrumpió un vecino.

—«haber servido durante diez y ocho años como director de montes, bosques y jardines de la *corona* de España....

—Y este es el republicano? dijo otro vecino.

—«fué elegido por el Gobierno del general Batlle para fundar en Nueva Palmira, la primer es-

cuela teórico-práctica de agricultura de la República Oriental.»

Pero no pienso relatarte punto por punto el discurso, porque mi carta seria interminable.

Bástete saber que don Juan de Cominges se trasladó à Palmira y realizó allí los milagros de Orfeo, con el pico.

Justamente, con el *pico*.

Los trabajos de Hércules son un cero à la izquierda en comparacion de sus trabajos. Qué mas te puedo decir?

Este hombre *educó* obreros y *animales*. Pienso que à estos últimos los educaria por medio del garrote, pues no creo que, apesar de su inmenso saber, pudiera haberlos educado con los libros.

Pronto lo calumniaron; el Gobierno faltó à sus compromisos; y el obrero derrochó su fortuna en los trabajos de la Granja.

Entonces dió principio la Odisea de mi fogoso tribuno; ni Ulises sufrió tanto como el actual redactor del diario agrícola.

Por último tuvo que abandonar esta tierra que amaba y ama, despues de haber buscado recursos hasta entre los pampas, para continuar las obras emprendidas en la Granja modelo.

Quisiera ser un Homero, caro filósofo, para describirte à mi héroe corriendo con el teodolito de aquí para allá, como un loco, ya *trazando* un *tren-via* en el Salto, ya haciendo estudios en las Vacas, en Fray-Bentos, en todas partes, con el objeto de ganar *algunos reales* que destinar à una institucion que era su vida.

El hombre no se preocupaba de comer, ni de beber, ni de vestir, ni de nada. Toda su ambicion, su sueño, su vigilia, su vida, era la Granja modelo.

Y apesar de haber sido tan mal tratado por los orientales, los ama todavia! Que abnegacion de Cristo!

En vano le dijo un *respetable* rural: «Ese Director es un conversador sin vocacion à la agricultura, cuando ya no tiene ni alumnos, ni escuela concluida». Cominges, firme que firme.

Y como tener alumnos, mi querido filósofo, cuando el Gobierno no le daba plata?

En vano dijo de él el Secretario de la Asociacion Rural—«que ella no tenia que ver con la explotacion que D. Juan de Cominges habia hecho en Palmira».—Cominges, mas firme que nunca.

Explotacion!... y no le daban plata. Así calumniaban al apóstol de la agricultura, como

se llama con toda modestia D. Juan de Cominges.

En vano decía *La Patria* que había desfalcado los dineros del Estado, con el pretesto de establecer una escuela agronómica.—Él, firme y mas firme.

¡Pero, desfalcar los dineros del Estado, cuando el nuevo Galileo había tenido que rematar sus muebles para pagar á los obreros de Palmira! Oh! atroz injuria que tuvo que devorar en silencio, por faltarle *plata* para acusar el artículo, y además por no tener las cuentas prontas.

Quién podrá cantar y contar las hazañas del personaje agrícola? Quién? Ni Byron.

—
«Allí están 44 cuadras desmontadas, dijo en su discurso, á punta de *pico*, de los raigones de ñandubay y espinillo; allí están todas las máquinas y aparatos necesarios para la enseñanza; allí está un edificio de ladrillo y cal de 54 varas por 52, calificado de *suntuoso* por D. José C. Bustamante.»

—Voto de perito, dijo un vecino, despues de una hora de silencio.

—Allí está Troya, dijo el número 2.

—Allí está la gloria de Cominges, dije yo, sin poderme contener; porque allí está el testimonio fehaciente de su dedicacion, de su inteligencia, de su constancia, de su honradez y de su amor al país. Y todo eso estaria concluido si le hubieran dado la *plata* prometida.

—Por la plata baila el perro, dijo el paisano.

—Y sin ella quién puede hacer milagros? Mejor será, señores, que escuchen y aplaudan como yo.

Y despues de estas palabras me puse á aplaudir estrepitosamente.

Los espejuelos de D. Juan de Cominges lucieron con doble brillo, como dándome las gracias por la justicia que le hacia.

—
Aun me queda algo que decirte del discurso leído por el redactor de *La Tribuna* en el jurí en que salió absuelto el gacetillero del *Pueblo*.

Si tú hubieras estado presente al acto, de seguro que lloras como la mayor parte de los concurrentes, al oír las lamentaciones del Jeremias hispano-uruguayo.

Solo el empedernido corazon del acusado se mostró duro, duro como el fierro de los arados de la Granja modelo, escuchando la dolorosa narracion de las desventuras del ex-director de los jardines, montes y bosques de S. M. C.

Mas todavia; en vez de inclinar la frente al

suelo y reconocer su culpabilidad, en el caso de que hubiese escrito los sueltos con intencion de injuriar y calumniar al apóstol de la agricultura, me parece haberlo visto sonreír y hablar con su defensor, precisamente cuando era mas patético el infortunado cuadro que describia la boca maestra de D. Juan de Cominges.

Así son los jóvenes del día, resistentes como el acero para las desventuras del prójimo.

Y apesar de eso, estoy seguro que D. Juan de Cominges, que quiere mas á los orientales que á sus paisanos, es muy capaz de perdonarle las injurias, si las hubo en la intencion del cronista, probando nuevamente que tiene un corazon magnánimo, generoso y franco.

Ahora vuelvo al interrumpido discurso.

—
El orador siguió diciendo:

«El señor Ellauri... me pidió imperiosa y duramente cuentas de mi administracion y me puso en el amargo trance de vender en remate todo cuanto me pertenecia y hasta las ropas de mi mujer y mis hijos, para poder pagar las deudas adquiridas en nombre del Gobierno»...

Al escuchar tan triste confesion, al oír que habia tenido que vender las ropas de su esposa y de sus hijos, reventé en lágrimas; y para que nadie se riese de mi llanto me cubrí los ojos con el pañuelo.

Ah! mejor hubiera sido taparme los oidos, porque el insolente vecino número dos, hacia burla de mi sensibilidad, mofándose del acusador.

—Ahora creo que efectivamente D. Juan de Cominges cuando vino al país era millonario.

—Porqué?

—Cuando un hombre vende la ropa de su mujer y de sus hijos, es porque esa ropa vale mucha *plata*.

—Otra cosa es con guitarra! dijo el paisano.

Yo estuve á punto de taparme los oidos, pero para hacerlo hubiera tenido que destaparme los ojos, esponiéndome al ridículo del público.

Así es que soporté en silencio esas y otras frases burlonas, lamentando la dureza de corazon de aquellos hombres crueles.

—
Llorando yo, riéndose los vecinos, el tribuno habló de este modo:

«El dardo emponzoñado de la calumnia me produjo una contagiosa enfermedad que mataba mi cuerpo.»

—Sopla, soltó uno de mis enemigos, no sé cómo el dardo de la calumnia puede haberle producido una enfermedad.

—Se entiende una enfermedad moral.

—No señor, desde que le mataba el cuerpo, sufría materialmente el ex-director de los montes de la reina.

—Basta, por Dios, dije yo; que me atosigan con tantas injusticias.

—Pues mas me atosiga el que está habiando.

Ignorando si el paisano se referia á mí ó al orador no le tomé cuenta de sus palabras. Además, cada cual es dueño de emitir con toda libertad su pensamiento.

«Ah! señores jurados — si hubiérais visto acurrucada á la proa de un buque de vela á aquella familia que pobre y sin honra se despedía llorando de este país que amaba mas que á su patria»....

—Apóstol Santiago, perdona la blasfemia.

—Patron de las Españas, disculpa el entusiasmo.

—Por cierto que esa familia no iba á la conquista del velocino de oro como los argonautas.

—Si señor que iba, desde que D. Juan de Cominges trataba únicamente de conseguir *plata* para mantenerla, hundir á sus calumniadores y seguir los trabajos de la Granja.

—Iria algun hijo envuelto en una de las velas?

—Y otro subido en algun mastelero?

—Respeten á una familia desgraciada, les dije yo con entonacion tranquila pero firme.

—Y á que mete á su familia en un asunto que es puramente personal?

—No la hagas, no la temas. D. Juan de Cominges debiera concretarse á probar que son acusables los sueltos. Este no es un teatro, para que nos venga á contar sus tragedias.

—Bien dicho.

Esto y mucho mas murmuraban los insolentes á mi lado. Pero como todo acaba en esta vida, acabaron tambien sus comentarios, y me fué dado seguir escuchando al protagonista de aquella comedia en accion.

« Dos años de ausencia me bastaron, dijo el Job de Palmira, para que en medio de la buena posicion que me habia labrado»....

—Aquí no se desmiente á nadie, interrumpió el paisano.

« Que me habia labrado, se despertara en mí y mi familia... »

—Sigue el estribillo, gritó el número 2.

« Esa terrible enfermedad que se llama nostalgia.

—Qué es nostalgia? preguntó el paisano.

—Es la enfermedad causada por un deseo violento de volver al país natal.

—Y este es el país natal de D. Juan de Cominges?

—No; pero como lo ama mucho mas que á su patria, no dudo que se sintiera atacado de nostalgia.

—Vaya con el hombre original! Cuando vino de España no tuvo tal enfermedad, y eso que España es su tierra, y que los españoles no la olvidan nunca.

—Es que el hombre se habia aquerenciado en nuestra patria, continuó el paisano.

—Me parece que las palabras difieren de las obras. El agrónomo se ha naturalizado en el país?

—No señor; al menos no he leído tal noticia.

—Vd. es muy incrédulo, dije yo, metiéndome tambien en la conversacion.

—Soy como Santo Tomas; ver para creer. Hasta ahora nada he visto, y por eso no creo nada.

—Obras, obras y no palabras. Que tome carta de ciudadanía, y hable despues de nostalgia, pero no mezele á su familia en el negocio.

—Yo veo que el hombre quiere conmovier con sus lágrimas y no convencer con sus razones.

—Pues yo, contesté á mi vez; creo como en el Evangelio en la palabra de ese caballero.

—Cada cual es dueño de opinar lo que quiera. Dice que tuvo nostalgia y que él y su familia quieren mas á la Republica Oriental que á España.... Vaya con el hombre raro! *No hay país igual al que nuestros ojos vieron por primera vez*, dijo una literata española. Esa es la verdad.

—Claro. Uno ama la patria donde ha nacido, se ha criado y ha tenido hijos. Lo demás es mentira.

—Que se lo cuerte á su abuela, como dice el refran, concluyó el paisano.

Allí no habia mas que reñir ó callar. Acepté el segundo partido resignándome con mi desgracia, como se resignó con la suya el apóstol de la agricultura.

«Vine, continuó el orador, porque un amigo de los pocos que salvé cuando el naufragio de mi honra, me dijo: «Ven, que tu espediente está formado; ven, que el Gobierno reconoce que te adeuda; ven, remueve los últimos obstáculos; ven, que aquí encontrarás la salud y la alegría que te faltan; ven, que nadie se ocupa ya del santo de tu nombre. Vine...»

—Vino, vió y venció como César, en los tiempos de D. Pedro Varela, exclamó uno.

—Vino, vió y cobró, siguió el dos.

—Vino, vió, cobró y se puso alegre.

—Vino, vió, cobró, se alegró y recobró la salud.

—Y la Granja modelo?

—Allí queda en Palmira como recuerdo de su gloria.

—Cállense, por favor, dije yo, con tono suplicante.

«El día en que se me comunicó oficialmente que el Estado era deudor mio, yo levanté mi frente abatida por la perversidad humana, y dije—Hablen ahora los calumniadores!»

Y al decir esto, las antiparras del orador arrojaron una llamarada de cólera. Defensor, acusado, jueces, barra y escribano, todos temblaron de miedo.

Aun me pareció observar que las paredes vacilaron, conmovidas por la voz del tribuno. Oh! golpe oratorio sin segundo!

—Hablen ahora los calumniadores, repetí mentalmente, mirando al cronista de *El Pueblo*.

Este adivinó mi pensamiento; pues le ví bajar los ojos y sonrojarse. Para disimular su turbación se puso á jugar con los botones del saco.

¿Quería significar con ese movimiento que D. Juan de Cominges estaba hablando al boton?

—

Después, mi caro amigo, que el apóstol agrícola lanzó su terrible desafío á los calumniadores, arrojó al viento este apóstrofe que no desmerece del lenguaje de Danton:

«Desgraciada República Oriental que has abortado y alimentado en tu casto seno á esos degradados engendros, á esos traidores asesinos de la honra!»

Oh! rasgo enciclopédico, que encierra un mundo!

Escucha, carísimo filósofo de las gafas; escucha al genio.

«*La Tribuna* del 4 de Abril, obedeciendo á la consigna, me decía lo siguiente:

«Está visto que nosotros nunca nos libramos de males. Ahora nos ha caído como llovido del cielo D. Juan de Cominges....»

—Eso quiere decir que ha caído como una plaga, retrucó el paisano.

—Hay que advertir que quien lo dijo fué don Emilio Lecot, rumorero de *La Tribuna*.

—El mismo que hoy le prodiga elogios?

—El mismo.

—Como han cambiado los tiempos!

En fin, carísimo filósofo, el acusador, después de haber estado hablando un par de horas de temas completamente estraños á la acusación, entró de lleno en esta. Probó, como puede hacerlo un sábio, que las gacetillas eran acusables, y dejó por último la palabra al acusado.

En honor de la verdad, te diré que el Jurado bostezó diez ó doce veces durante la lectura del discurso de don Juan de Cominges, lo que me demuestra que no había ningún corazón sentimental entre los hombres buenos.

Yo deseaba que hubiera seguido *discurseando* hasta la noche, porque estaba encantado como los niños que asisten á una función de títeres.

Pero no siempre había de estar charlando, como el don Facundo de una comedia de Breton de los Herreros. Sin embargo, te confieso que cuando concluyó su discurso, creí que el orador *no había dicho nada*. Tanto y tanto me gustó!

—

El acusado, ó sea don Gregorio Perez, desconociendo la nobleza, hidalguía y desgracias del insigne tribuno, empezó insultándolo.

Dijo que don Juan de Cominges usaba antiparras por haberse gastado la vista arrancando yuyos en los jardines de la reina.

Hasta los hombres más pacíficos, como el coronel Belen, por ejemplo, que estaba de estoque á espaldas del cronista de *El Pueblo*, se indignaron al escuchar al defensor del acusado.

¿Cómo es posible que arrancara yuyos un individuo que fué en el largo período de 18 años, director de bosques, montes y jardines de la corona de España?

Comprendo que hubiera dicho que don Juan de Cominges se habla quedado corto de vista arrancando flores para la reina; ó que la había gastado, no á la reina sino á la vista, estudiando las propiedades de los yuyos.

Esto hubiera sido disculpable. Pero lo otro no tenía perdon de Dios.

Así es que se produjo un movimiento general de indignación contra el bachiller Perez, y estuvo á punto de estallar la cólera del pueblo sobre la cabeza del acusado.

Pero en tan solemnes momentos don Juan de Cominges se elevó más arriba que cuando lo nivelé con las Pirámides; se levantó á la altura del sacrificio.

Creyendo que el salón de los juicios públicos se iba á transformar en un campo de Agramante, saltó de su asiento y se ofreció en *holocausto* al furor de las pasiones políticas.

Oh! heroísmo sin ejemplo! Ni Guzman el

Bueno, ni Aristides, hubieran sido capaces de tanta sublimidad.

Solo el apóstol Judío puede parangonarse con el apóstol de la agricultura.

Su rasgo calmó los furoros del pueblo. El Neptuno sin tridente, apaciguó las ondas irritadas. Diez veces hurra!

Calmado el tumulto, pudo seguir su defensa D. Gregorio Perez, dándole de cuando en cuando un puyazo al constructor de la Granja modelo.

Lamento sus extravíos juveniles. No debió responder así á la magnanimidad de D. Juan de Cominges.

Terminada la defensa, el Jurado hizo despejar el salon.

Vuelto el público á la sala, se leyó el veredicto. Este absolvía como te dije al principio al gacetillero de *El Pueblo*, condenando, por consiguiente, en costas y costos al señor Cominges.

Hasta la justicia persigue al infatigable campeón de la agronomía patria!

Así concluyó este ruidoso juicio.

Si don Juan de Cominges obtuvo una derrota material, en cambio ganó una victoria moral á sus contrarios, probando que si no se llevó á cabo el proyecto de la escuela teórico-práctica de Palmira, fué por culpa de los Gobiernos que no le dieron *plata* para consumir su pensamiento.

El no tiene la culpa.

Sin *plata*, lo único que puede hacerse hoy en día es levantar granjas modelos y castillos... en el aire. La plata es el todo.

Ya pasaron las épocas en que las hadas construían palacios, y los encantadores templos, y los Orfeos murallas.

Y aunque don Juan de Cominges es un encantador por la palabra, y un Orfeo por la lira, y una hada por las maravillas que proyecta, en fin, un sábio por los cuatro remos ó costados, su poder realmente no pasa los límites de lo humano.

Yo propondría que el Gobierno del Coronel Latorre le diese el dinero que necesita para concluir las obras de Palmira, porque esta Granja llegaría á ser la octava maravilla.

He de trabajar en este sentido.

Entre tanto, me suscribo tu affmo. amigo:

Timoteo.

La fuerza y la idea

Ese peñon gigante que atalaya
Las tormentas y cóleras del mar;
Y á quien aguas del cielo y de la playa
Vienen á combatir y á coronar:

Ese peñon que en secular disputa
Desafia las iras de águilon;
Es el emblema de la fuerza bruta
Que oprime la cerviz de una nacion.

Y esa espuma fugaz que centellea
Cuando se rompe en su robusto pié;
Es el simbolo santo de la idea,
Es la constancia de la patria fé.

En vano el viento con furioso embate
Quiere la inmensa mole conmovér;
El gigante peñon, en el combate,
Siempre ha de resistir y ha de vencer.

Sigue en tanto batiendo la corriente
La base de la roca secular;
Y su golpe seguro y permanente
Del gigante peñon ha de triunfar!...

Así tambien la multitud altiva
Cede al empuje del poder brutal;
Como los vientos en la roca viva
Vencidos por la fuerza material.

Y la fuerza brutal que en la pelea
Vence á la multitud con su poder;
Ante el golpe porfiado de la idea,
Batida para siempre ha de caer!

COSAS DE NEGRO

Don Juan de Cominges ha sido esta semana el hombre á la moda.

Por eso *El Negro Timoteo*, aprovechando la oportunidad, se ha creído en el deber de dedicarle todo este número, rindiendo tambien, de esta manera, como ciudadano oriental, un débil tributo de gratitud á los grandes servicios que ha prestado al país ese ilustre emigrado.

Tenemos la conviccion de que nuestros lectores arrojarán con fastidio, y sin leerlo, el presente ejemplar; pero les prometemos para el siguiente hablarles de asuntos mas variados y divertidos.

Paciencia, lectores, por esta vez; y perdón por la *longaniza*, en gracia del inteligente agrónomo á quien va dedicada.

Los señores agentes de campaña se servirán dirigir su correspondencia á la calle del Dayman núm. 148, donde interinamente se halla establecida la administracion de *El Negro Timoteo*.

Al mismo tiempo les pedimos quieran arreglar sus cuentas hasta el mes de Julio, remitiéndonos el importe-liquido de las suscripciones á la mayor brevedad.